



Guía de lectura

Sara
Jaramillo
Klinkert

El cielo está
vacío

Lumen

Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

La protagonista de esta historia recibe un correo de un antiguo amante después de dos décadas sin tener noticias de él. En un par de días, dice, llegará a su ciudad y desea verla. El mensaje inesperado la sume en un estado de inquietud y despierta el recuerdo de un episodio que parecía enterrado para siempre en algún recoveco de su memoria.

A los veintitrés años, ella deja el hogar familiar en medio de la naturaleza colombiana para ir una temporada a Londres con el pretexto de estudiar inglés y la voluntad secreta de alejarse de una casa asfixiante y un noviazgo sin sentido. Al otro lado del océano, podrá tener, quizá, un cuarto propio para escribir, y descubrir si allí también florecen las orquídeas y del cielo llueven ranas. Pero sus ambiciones juveniles se desploman cuando

aterriza en una ciudad gris donde solo puede aspirar a una habitación en un piso compartido con un casero con extrañas manías, y a algún empleo precario que no alcanza para sostenerse. Bajo su condición de inmigrante, y con una nacionalidad que es un estigma, Londres la recibe entre la indiferencia y el prejuicio, y bastan un par de experiencias para entender que difícilmente podrá hallar su lugar en un medio hostil en el que el frío y el escaso dominio de la lengua son solo algunos de sus muchos problemas. Un día de invierno, cuando entra en el British Museum en busca de calefacción, un desconocido que la dobla en edad se le acerca y comienza a hacerle preguntas y explicarle cosas que a ella, en parte, se le escapan. El inglés habla con aplomo, desprende el aire de autoridad de un pa-

dre o de alguien acostumbrado a mandar, y seguro de sí, le pide que lo siga. Minutos después, sin saber muy bien por qué, ella se ve caminando con este hombre, a sus ojos, viejo y sabio, rumbo al pub más cercano. A partir de ese primer encuentro fortuito, se embarcan en una relación ambigua que conduce al despertar sexual y la pasión, pero en la que el deseo y el amor pronto se ven atravesados por la sombra de lo transaccional, las carencias afectivas y una dependencia mutua que termina marcándolos a ambos.

Durante casi un año, él le entrega su cabeza, y ella, a cambio, le ofrece su jo-

ven corazón de loba: una libertad que, si se descuida, podría acabar canjeando por una seguridad que se convertiría en atadura. Intensa, perturbadora, llena de asimetrías, la suya es una historia condenada a no durar que, sin embargo, eclipsa su vida por un instante, dejando una huella profunda y perdurable. Mientras, ella no cesa de buscar un modo de sobrevivir en una ciudad en la que se siente perdida; su proyecto de escribir una novela empieza y termina en una página en blanco; y la nostalgia de casa se va abriendo paso en un mundo hecho de brutales contrastes.

CLAVES DE LA NOVELA

En 2020, la escritora y periodista Sara Jaramillo Klinkert se dio a conocer con la aparición de *Cómo maté a mi padre*, una primera novela que fue publicada en Colombia por Héctor Abad Faciolince y llegó a Lumen apenas unos meses más tarde. En esta obra, que parte de un trágico episodio familiar y se adentra en el terreno de la autoficción, los editores habían encontrado no sólo una gran historia, sino también algo menos habitual y más valioso: la combinación exacta de talento, compromiso y valentía para contarla. Allí, en definitiva, había una mirada y una voz potente, singular, que tras un extraordinario debut, ha crecido novela a novela, posicionando a Jaramillo como una de las figuras destacadas de una nueva ola de autores

latinoamericanos —mujeres, principalmente— que, sin desdeñar la tradición del mítico *boom*, exploran nuevos caminos y registros narrativos para contar su realidad. Entre los hilos que componen a *Cómo maté a mi padre*, cuenta Jaramillo, está, a su vez, el amante inglés o, si se prefiere, el pequeño embrión de *El cielo está vacío*, una nueva novela donde reaparecen, desde una nueva perspectiva, algunos de los elementos que, a esta altura, conforman el universo literario de la autora, desde la ausencia del padre hasta el frondoso paisaje tropical, pasando por los contrastes entre naturaleza y ciudad, y una lengua que, salpicada de metáforas, alcanza una dimensión simbólica y poética sin dejar de anclar con firmeza en lo real.

«Esta no es una historia de amor. Hace años nos separa un océano entero», aclara la narradora, una mujer que, llegada a la mediana edad, sabe que este tipo de relatos desembocan en finales felices que rara vez ocurren en la vida corriente. Son tantas las cosas que pueden separar a dos personas, añade, y tan improbables las que las pueden mantener unidas, que en las relaciones hay una complejidad inherente que las historias de amor no logran capturar. Y sin embargo, la suya no deja de ser una historia hecha de deseo, tensión amorosa, encuentros y desencuentros, en la que no cabe la posibilidad de un final feliz, pero sí existe un amor iniciático y, a su manera, perdurable, que ocupa un capítulo entero de la educación sentimental y, en gran medida, marca su rumbo. Hace casi dos décadas, un océano separa a los ex amantes; pero hay un sinfín de contrastes que estuvieron ahí desde el inicio: ella es americana y él, europeo; ella encarna la juventud y el deseo de explorar el mundo, y él es un hombre maduro y cansado; ella tiene alma de loba y añora vagar por el bosque, y él se comporta como un dandi urbano; ella es inmigrante y, como tal, no parece poder aspirar a mucho más que una vida precaria, y él es un académico rodeado de privilegios. Su relación se construye sobre un juego de opuestos que, en parte, la condena al fracaso o la imposibilidad, y al mismo tiempo, es la materia con la que se alimenta un deseo que, bajo el peso de las asimetrías, va mutando en dependencia mutua. La primera noche que pasan juntos, él deja su cabeza entre las piernas de su amante, y basta ese gesto para que ella la coja y la guarde en su mochila. A

cambio, el corazón de la protagonista va a parar a la mesa de noche del inglés: un órgano que, una vez fuera, luce extraño, ajeno. Haber perdido cabeza y corazón tal vez sea, piensa ella, la razón por la que están juntos: se complementan o, visto de otra manera, conectan a través de sus carencias. Sara Jaramillo se vale de estas metáforas para expresar la naturaleza ambigua, perturbadora, de un vínculo en el que la asimetría conduce a la dependencia y a dinámicas de poder sutiles donde los roles no se asumen de manera definitiva; por el contrario, la joven y el inglés intercambian posiciones una y otra vez, componiendo una suerte de coreografía amorosa que deja al descubierto todo aquello que los atraviesa. La muerte temprana del padre es, para la protagonista, una pérdida difícil de transitar: sin él, su familia pierde el rumbo, y en ella crece una sensación de vacío y desamparo que parece atenuarse cuando irrumpe en su vida un hombre mucho mayor que se confunde con esa figura paterna buscada en cada una de sus relaciones. Amante y padre a la vez, el inglés persigue, en cambio, la juventud perdida: verse desde la mirada deseante de una joven, y encontrar, quizá, una forma de redención después de fracasar en el vínculo con su hijo. Cuidados, voluntad de proteger, autoridad y experiencia se conjugan en una relación que expone a la protagonista no solo a un modelo de masculinidad distinto al que estaba acostumbrada, sino también a las contradicciones que están en el núcleo de un amor donde ninguna pulsión, ningún sentimiento o gesto se da en estado puro. Más bien, queda admitir, con más cinismo que culpa, que el

deseo está atravesado, entre tantas cosas, por el temor a la soledad, por la necesidad de aferrarse a algo, por el dinero y las desigualdades: «todo acto sexual es transaccional. Es una idea liberadora y, al mismo tiempo, un poco triste», sentencia una joven estudiante que, lejos de casa, se deshace de cualquier vestigio de inocencia.

Son muchos los motivos, confiesa la protagonista, para estar con el inglés, e incluso, llegar a vivir en su casa durante un corto período; y entre todos ellos destaca aquel que la impulsa, ni bien se conocen, a seguirlo hasta al pub más cercano: a su lado, dice ella, existe; vuelve a ser una criatura de carne y hueso. Desde su llegada a Londres, ese viejo mundo que resulta indescifrable, no ha hecho más que sentirse descolocada; arrojada constantemente a un malentendido que tiene su origen en el uso de una lengua extranjera y en la ausencia de un imaginario en común con una sociedad que invisibiliza al otro, relegándolo a los márgenes. La posibilidad de ser visible es, precisamente, lo que le ofrece el desconocido que se le acerca un día de lluvia en un museo, y a eso se aferra ella mientras se debate entre su anhelo de libertad y la necesidad de seguridad: dos condiciones que se revelan excluyentes. La experiencia migratoria es una de las claves de una novela que indaga en la pérdida de una lengua en común, en el empobrecimiento léxico y los pequeños hallazgos que supone hablar un idioma extranjero, en lo que significa habitar en la periferia del bienestar y la riqueza, y en la difícil carga que supone portar una nacionalidad que no te hace «sospecho-

sa sino culpable». Las leyes del bosque, el paisaje exuberante y salvaje en el que la protagonista se crió, no funcionan en una urbe en la que, acaba descubriendo, existen ciudades dentro de otras, o más bien, submundos creados a medida de una inmigración estigmatizada que, entre la precariedad y la violencia, tiene que ingeniárselas para encontrar sus nichos y modos de subsistencia. Entre «El bajo mundo», punto de encuentro y de servicios de la comunidad latina en Londres, y los hoteles lujosos que frecuenta el inglés, o su comfortable residencia, existe un abismo que la protagonista cruza una y otra vez, enfrentándose a la soledad, a los prejuicios eurocentristas, al racismo, a la vulnerabilidad, al absurdo, y a una corriente subterránea que socava su proyecto juvenil: una nostalgia cuya expresión más certera, *homesick*, la encuentra, paradójicamente, en la lengua extranjera. Al igual que la orquídea exótica que su amante le obsequia, ella, fuera de su hábitat, empieza a necesitar un oxígeno, una luz, unos nutrientes y una sensación de pertenencia que Londres, por supuesto, no está dispuesta a ofrecerle. El sueño de la habitación propia para escribir podría hacerse realidad por obra del inglés, pero es ahí cuando la protagonista descubre que lo que desea en esa ciudad gris no es una jaula sino un jardín, y eso, al final, tampoco alcanza. Se trata entonces de volver al bosque, a la manada y a la lengua materna: un universo familiar del que quiso tomar distancia y se convierte, de pronto, en la posibilidad de arraigo; en una puerta abierta hacia la adultez y la escritura.

Novela iniciática, con ecos de *El amante de la China del Norte*, de Marguerite Duras, *El cielo está vacío* es, a la par, un feroz retrato de la vida de una joven inmigrante que viaja con un pretexto y un puñado de sueños más o menos ingenuos, y regresa a casa habiendo comprendido que «es posible vivir sin corazón, pero no vale la pena hacerlo». Con una prosa sugerente, que se desliza entre la ironía, la

crudeza del realismo y la intensa riqueza de lo simbólico, Sara Jaramillo consigue contar una cautivadora historia que, a diferencia de los tramposos relatos de amor que prometen un desenlace feliz, captura aquello que a estos se les escapa: la complejidad de un sentimiento, las contradicciones irresolubles, el amor que puede enaltecer al ser humano y, al mismo tiempo, destruirlo.

LOS PERSONAJES

LA PROTAGONISTA

La protagonista y narradora de esta historia es una joven colombiana que, a los veintitrés años, se marcha al otro lado del océano con algunos ahorros, un visado de estudiante, el contacto de un chico inglés que alquila una habitación y la confianza de que, una vez allí, tendrá la libertad y la intimidad necesarias para comenzar a escribir una novela. Sus sueños de migrante, sin embargo, empiezan a venirse abajo ni bien pisa suelo británico y su nacionalidad demuestra ser un estigma en una sociedad que, con suerte, le reserva algún empleo limpiando casas, cuidando ancianos y niños o sirviendo copas en algún garito. El piso en el que se instala, a su vez, es propiedad de un joven lleno de manías que le hacen la vida imposible: conseguir hacer de su habitación un “cuarto propio” para escribir es una fantasía inalcanzable. Su nueva vida, además, transcurre en un suburbio marginal que no se asemeja en nada al Londres que tantas veces imaginó desde su bosque colombiano, un paisaje que la reclama según sus sueños se desploman y el clima hostil de la ciudad la va apagando. En esa urbe donde nadie la mira, y todos viven obsesionados con no provocar incendios, el encuentro inesperado con el inglés la lleva al deseo, al sexo y al placer, y también, a los cuidados y la necesidad de llenar el vacío inmenso que dejó la muerte de su padre cuando era una niña. A lo largo de los meses que pasan juntos, ella no consigue descifrar qué la une a él: si es el deseo, el amor o su instinto de supervivencia. Lo que sí sabe es que, a su lado, no deja nunca de ser una loba salvaje que valora, por encima de todo, su libertad. Diecinueve años más tarde, tras pasar por varias relaciones y llevar una década casada con un arquitecto, se ha domesticado pero continúa siendo fiel a su anhelo de libertad y su voluntad de no tener hijos. Ante la posibilidad de reencontrarse con el inglés, su vida se sacude y emergen recuerdos que creía sepultados.

«Aún no tengo claro quién fue el ganador y el perdedor de esta historia, quién ostentó el poder, quién se aprovechó de quién. Sin duda quiero averiguarlo y para ello necesitaría verlo de nuevo, decirle a la cara lo que nunca fui capaz de decirle y escuchar de su boca lo que él no fue capaz de decirme a mí, aquellas palabras que yo misma lancé al río después de nuestra última noche juntos para que la corriente se las llevara, por eso me levanto, camino hasta la biblioteca, abro el mail y reviso otra vez.

Cada minuto de espera rejuvenezco. Cuando leí el mensaje esta mañana tenía cuarenta y dos años, luego treinta, después veintiocho, ahora tengo veintitrés y estoy a punto de aullar, de andar en cuatro patas y agitar la cola como cuando era libre y salvaje y nadie me había domesticado». (p. 17)

EL INGLÉS

Tiene los ojos azules, la piel pálida y, bajo un sombrero aterciopelado de copa alta, su pelo luce como dientes de león. Debe tener más de cincuenta años y no es un hombre especialmente atractivo, pero hay algo magnético en su voz, en su madurez, en los gestos que hablan de alguien acostumbrado a mandar, y en la manera en que va acortando la distancia para cazar a una joven loba que le devuelve el reflejo de la juventud perdida. Experto en dandismo, da una cátedra sobre Oscar Wilde en Oxford y puede recitar poemas enteros de Lord Byron o pasar horas leyéndole a su amante fragmentos de *El retrato de Dorian Gray*. Su vida está envuelta en un halo de misterio y no es mucho lo que la protagonista sabe acerca de él: apenas que tiene un hijo adulto, que alguna vez debió estar casado y que cuenta con dinero suficiente para reservar habitaciones en hoteles de lujo y comprar costosos regalos para su amante, como un ordenador o una hermosa orquídea colombiana que, en Londres, vale una fortuna. Estos obsequios o el escritorio que le ofrece en su casa, quizá puedan ayudarlo a retener a la joven, pero son tantos los contrastes y tantas las asimetrías entre ellos que, desde el comienzo, ambos saben que su historia está destinada a ser intensa y fugaz.

«Sigue hablando. Sigo asintiendo como si me interesaran sus palabras, como si las entendiera. A veces muevo la cola sin que él se dé cuenta. Aún no comprendo la atención que me brinda, no me interesa el arte tanto como él cree, yo solo entré al museo porque era gratis y estaba lloviendo y pensé que iba a morirme de frío como los *homeless* que amanecen muertos sobre las bancas del parque y nadie extraña después. En la medida en que habla se va acercando de forma tan paulatina que alcanzo a olfatear el aroma que desprende, a ver las cejas tupidas y grisáceas, los pliegues en el cuello, los mofletes caídos. Se afinca en el borde, no duda, tiene claro cuál es borde, la frontera entre asustarme e imponerse. Sus ojos me

intimidan al punto de hacerme desviar los míos, es entonces cuando comprendo mi error, no debí desviarlos porque instantáneamente él se engrandece y yo me vuelvo pequeña, él inmenso y yo diminuta, un insecto al que podría meter entre un frasco o aplastar con la punta del zapato, si quisiera». (p. 56)

ALISTER

Al llegar a Londres, la protagonista entra en contacto con Alister, un joven inglés al que conoció a través de Skype. Él ha heredado un piso en un suburbio londinense y alquila una habitación por una suma que ella se ve capaz de asumir. A primera vista, parece un buen trato, pero en aquel piso todo son manías: no hacer ruido, desconectar todos los dispositivos electrónicos, dejar la calefacción al mínimo y, en definitiva, habitar ese espacio como si en realidad no se estuviera allí. O en otras palabras, comportarse como un fantasma silencioso, al igual que el padre de Alister, que se suicidó colgándose de una viga de la casa y, no cabe duda, aún ronda por las habitaciones y atormenta a su hijo, que pasa los días durmiendo, entregado a sus obsesiones y una indolencia que lo devora.

«Pronto entra en confianza y confiesa que su padre se suicidó hace un par de años colgándose de una de las vigas del techo. Él mismo lo encontró ondeando en círculos como si fuera un péndulo y, con una calma inexplicable, llamó al servicio social para que se llevaran el cuerpo. Imagino que la calma le vino al caer en cuenta de que, habiendo heredado el piso de su padre, sumado a una vida de austeridad, podría vivir sin trabajar. Comprendo entonces por qué no se ha enderezado los dientes de adelante y usa medias viejas que no le combinan con los zapatos viejos. Me pregunto si duerme gran parte del día para ahorrar dinero o para no exhibir la cojera que le impone su pie equino. Mi cuarto está atravesado por una viga de madera que rechina constantemente y no me atrevo a preguntar si es la misma de la que su padre se colgó, creo que hay cosas que es mejor no saber, aunque si las supiéramos, tal vez comprenderíamos qué terreno pisamos y podríamos andar con un poco más de cuidado. Me bastará un par de noches oyendo crujir la viga para responder mi pregunta y, si le hubiera prestado más atención a lo que decían los crujidos, me habría marchado de inmediato, aunque fuera a vivir a una banca del parque». (p. 68)

MILTON

Buscando una lavandería en su barrio londinense, entre calles sucias y bandas de chicos andrajosos, la protagonista es atacada por un grupo de cuatro jóvenes. Alcanza con que ella suelte algunos insultos para que uno de ellos reconozca

su acento de Medellín y, con la misma lengua e idéntica cadencia, se disculpe de inmediato y le devuelva su móvil. Milton suele llevar varios relojes costosos y puede conseguir, con extraordinaria facilidad, pastillas para aliviar el dolor de espalda. Lo suyo, sin duda, son los negocios sucios, pero también la lealtad hacia una compatriota. De su mano, la protagonista accede a “El bajo mundo”, un centro informal para la comunidad latina que ayuda a mitigar la nostalgia y donde se ofrecen desde arepas y pandeyucas hasta asesoramiento legal y tratamientos dentales. A través de Milton, consigue dejar la casa de Alister y alquilarle una habitación a un odontólogo colombiano que resulta ser otro compañero de piso desastroso.

«Como no soy capaz de encontrar mi propia casa decido marcarle a Milton, hay demasiados bloques y todos son idénticos. Me pregunta dónde estoy, cosa que evidentemente no sé, de lo contrario no lo estaría llamando. “*Where am I?*”, le pregunto a la gente que pasa. Nadie me contesta, deben pensar que me volé de una institución mental. O que estoy trabada. Le describo a Milton lo que veo alrededor, le leo los avisos de las tiendas que me rodean. No demora ni diez minutos en rescatarme. Llegamos al bloque en el que vivo e insiste en subir, quiere asegurarse de que entre sana y salva hasta el apartamento. Por supuesto se lo impido de solo pensar en la cara que pondría Alister si me ve con él. No creo que los potros y los búhos se lleven bien». (p. 74)

LA MADRE

Desde que enviudó, la madre de la protagonista ha ido desapareciendo poco a poco, devorada por sus hijos, una manada de lobos que, tras la muerte del padre, se sintieron huérfanos y desorientados. A ella, la ausencia del marido la condujo a llorar a escondidas y buscar refugio en su vivero, entre las orquídeas que le ofrecen los indígenas del monte y que cuida con devoción y sabiduría. La hija, a menudo, siente envidia de esas plantas que le arrebatan el afecto materno: una razón más para alejarse de casa y probar una nueva vida al otro lado del océano. Viaja, sin embargo, llevando consigo las enseñanzas de su madre, una mujer práctica y franca que casi siempre tiene razón; se diría, incluso, que es una bruja capaz de desentrañar aquellas verdades que su hija le oculta y se esconde a sí misma.

«El año pasado me diagnosticaron baja densidad ósea, falta de vitaminas, bajos niveles de grasa corporal y deficiencia de aminoácidos y otros elementos esenciales. Tiene razón mi madre en preocuparse, tiene las mismas carencias que yo, solo que a una escala mayor. Ya sabemos quién la consumió a ella, lo grave

es que soy yo quien se empeña en consumirse a sí misma. Dije antes que mi madre no siempre tiene la razón, pero casi siempre, y me retracto. Ella siempre, siempre de todos los siempres tiene la razón. Es una bruja. Te mira y sabe lo que estás pensando; te oye tomar aire y sabe lo que vas a decir; te siente rugir el estómago y sabe cuántas calorías te faltan; te olfatea y sabe dónde has estado.

Cuando anuncié el viaje comentó: “No tengo plata para darle, va a pasar muchas incomodidades, va a despertar, va a crecer y no propiamente en estatura”». (p. 37)

EXTRACTOS POR TEMAS

ESTA NO ES UNA HISTORIA DE AMOR

«Para la mayoría de la gente, las palabras felices y perdices no riman y, antes de que los separe la muerte, hay un montón de cosas que podrían separarlos. La trampa de las historias de amor está en que no logran capturar por completo un sentimiento tan complejo como ese. Pretenden hacerte sentir bien pero, al final, te hacen sentir como una mierda. Esta no es una historia de amor. Hace años nos separa un océano entero. Ocurrió así: él a un lado, yo al otro y, en el medio, el océano salvaje y agitado. Él no quería nadar y yo tampoco. Él porque estaba cansado y yo porque no quería cansarme». (p. 13)

«Mi marido también me lleva muchos años. Igual que el novio de antes y el de antes de antes y el de antes de antes de antes. Viéndolo bien, todos ellos tendrían que agradecerle al inglés. Él me inició.

No fue mi primer hombre, no lo amé, si acaso lo quise un poco, sin embargo en asuntos de cama sí fue el más determinante. De un hombre experimentado no se vuelve. Te enseña que una cosa es el sexo y otra es el amor y que la una no necesariamente tiene que ver con la otra. Te enseña a ejercer tu libertad». (p. 14)

«Me pide que lo siga y yo lo sigo por esos corredores laberínticos llenos de cuadros, lo sigo atraída por un magnetismo que desafía mi capacidad de decisión, sigo sus pasos rítmicos y elegantes como de caballo fino. Imagino que va a mostrarme alguna obra en particular, pero no se detiene en ninguna, avanza por los corredores hasta que sale del museo sin dudar. Yo sí dudo. ¿A dónde quiere que vaya? Me detengo y lo veo alejarse rápido para evitar la lluvia, lo veo andar sin percartarse de que va solo, definitivamente no sabe andar en manada. O peor aún, se cree el líder al que todos persiguen sin cuestionar su rumbo». (p. 57)

«No somos más que dos extraños en etapas completamente distintas de la vida, sin un idioma en común, sin un bosque común, en realidad sin nada en común. Jamás entendería por qué visto de fucsia en pleno invierno y no tengo ni un solo abrigo adecuado. En su cabeza dudo que quepa la idea de que una ciudad tenga el mismo clima todo el año y no haya que adelantar ni atrasar la hora jamás». (p. 60)

ENTRE EL DESEO Y EL AMOR

«No hay nadie predestinado para ti, tan solo hay alguien que tuvo el arrojito primero de mirarte y luego de hablarte en un país en donde nadie mira ni habla con nadie. No hay romanticismo, es una trampa de tu ego, de las circunstancias, puede incluso que de las hormonas; es una comprobación de tu vanidad, una burla del tiempo y su vana ilusión de sincronía. Por trampas menores se casa la gente y hasta engendra hijos. Líbrame, Dios». (p. 76)

«Es fácil ser fiel cuando no tienes tentaciones, cuando no amas sino que te dejas amar. Se llama comodidad. El inglés, en cambio, es un cazador experimentado que domina al dedillo el terreno que está pisando y no tiene reparos en usar las armas que posee. Tengo todas las de perder. Casi he entrado a su trampa pero aún no ha cerrado la puerta, se mueve despacio, recula, no quiere ponerme nerviosa, sabe que aún estoy a tiempo de salir corriendo y una presa asustada difícilmente regresa. Esta fase de la cacería es delicada, cual-

quier mínimo avance significa una gran conquista, en cambio, un retroceso, por pequeño que sea, podría apresurar un final. Yo observo, no dejo escapar detalle, alguna vez aprendí que demostrar menos consciencia de la que se tiene es una gran ventaja». (p. 88)

DEPENDENCIA MUTUA

«La sensación de estar debiéndole algo es cada vez más intensa. La deuda va por las nubes y, mientras tanto, yo sigo aceptando regalos. El día en que repartieron la comodidad a mí me tocó toda. ¿Sabes por qué el amor no es un regalo? Porque los regalos son gratis. No estoy segura de si me gusta él como hombre o si tan solo me gusta lo que representa: si no fuera inglés, si no trabajara en una universidad tan prestigiosa, si no se vistiera como se viste ni hablara como habla, si no tuviera dinero, jamás me habría fijado en él. Pese a lo anterior, su mayor atractivo es haber nacido en el país que me rechaza, quizá sea esa la principal razón para seguir a su lado: atraerlo solamente para darme el lujo de rechazarlo cuando yo quiera». (p. 103)

«Me conmueve ver a ese señor tan sabio y tan viejo interesado por mi vida; por supuesto, el interés es una fachada para acostarse conmigo, no soy tan estúpida, no quiero pensar en eso, no ahora, quiero engañarme por un momento e imaginar que su preocupación es genuina y que soy yo quien puede obtener algo de ella. Necesito consuelo y él me lo da. Necesito comida y él me la proporciona a

cucharadas. Necesito calor y él me presta su abrigo. Necesito llorar y él me ofrece su pecho. Necesito un papá que me acompañe. El mío hubiera suplido todas esas necesidades. Porque lo veo claramente es que lloro más: lloro como una niña que extraña a su padre y lo busca en todos los hombres que tienen algún gesto parecido». (p. 113)

«No me recuerdo teniendo corazón y creo que no me conviene recordarlo. La cabeza de él, por su parte, sigue metida dentro de una mochila a la que reviso el cierre constantemente para asegurarme de no perderla. Nunca la ha reclamado y no sé si es porque ya olvidó que alguna vez tuvo cabeza o porque descubrió que es más cómodo vivir sin ella. Si lo pienso bien son nuestras ausencias —de corazón y de cabeza— una de las razones por las cuales funcionamos como pareja. La otra razón son sus dedos, especialmente al amanecer». (p. 259)

«Vivo con él porque me gustan sus dedos, me gusta su boca, me gusta su sexo. Vivo con él porque la casa es cómoda y no me vale ni una libra. Vivo con él porque cada semana viene una empleada a arreglar la casa y yo no tengo que mover ni un dedo. Vivo con él porque tengo un jardín en el cual me gusta sembrarme de vez en cuando. Vivo con él porque adoro su perro y los espejos de su casa me devuelven el reflejo que había perdido. Vivo con él porque su comida y sus cuidados me recuerdan que soy de carne y hueso, que existo. Vivo con él porque a su lado me duele menos la espalda y pasé de ser una inmigrante invisible a ser la

Madremonte [...] Vivo con él porque es mi amante, mi protector, mi cocinero, mi proveedor y me gusta la idea de que la persona con la que vivo cumpla todos esos roles a la vez. ¿A quién estás engañando? Vives con él porque eres cómoda, te sientes sola, se te acabó el dinero y no te queda ningún otro lugar adonde ir. Y todavía sigues preguntándote si el amor es esto». (p. 263-264)

LA JUVENTUD PERDIDA

«A cada momento entreabro los ojos y lo veo en la misma silla, con la misma pose, la misma mirada y el mismo vaso entre sus manos, incluso al girarme para el lado opuesto no dejo de sentir sus ojos clavados en mi espalda. “No sabe lo que tiene”, susurra de pronto. Me sacudo con brusquedad como si lo que tuviera fuera un insecto o una mancha de comida, al no encontrar nada le pregunto qué tengo y responde: “Juventud. Una belleza inocente y arrebatada que desconoce el tamaño de su inocencia y su arrebato. Tiene todo y no lo sabe”. Sus palabras me inundan de una nostalgia desconocida y se quedan dando vueltas en mi cabeza hasta que vuelvo a dormirme con el mismo sueño pesado de antes». (p. 174)

UNA NUEVA VIDA

«Pronto comenzamos a asfixiarnos, a dejar de respirar, cada uno hace lo que puede para obtener una pequeña bocanada que le permita escapar, aunque a veces parezca que no hay hacia dónde,

que la vida no tiene sentido, que no va a ninguna parte, que no hay bosque para tantos lobos. Los de mi manada cazan pájaros, diseccionan sapos, coleccionan cucarrones, recolectan hongos y les enseñan malas palabras a mis loras. Mi plan es diferente. Planeo cruzar el océano para comprobar si al otro lado del mundo también llueven ranas, si florecen las orquídeas, si sobreviven manadas de lobos». (p. 27)

«A menudo me pregunto si estoy iniciando una nueva vida o lanzando la que tengo por una ventana a la que me asomo para ver cómo aquellas cosas que me eran tan familiares salen volando y se estrellan contra el pavimento: ahí va Antonio, van los miembros de la manada, plas, plas. Va el diploma de grado, va el español, va la madre con todas sus orquídeas florecidas, plas, plas, plas. Abran paso, ahí van las certezas y la valentía y la foto del fantasma y el dinero ahorrado, plas, plas, plas, plas. Ahí van volando las cinco loras que luego regresarán, plas, plas, plas, plas, plas. Al principio me asustaba perderme, luego dí por hecho que esa iba a ser la constante durante todo el año así que me dediqué a la observación y la fotografía. Acuérdate del cielo cuadriculado por las estelas de tantos aviones. Acuérdate de la impresión que te produjo que oscureciera temprano. Acuérdate de tu asombro por oír hablar tantos idiomas diferentes». (pp. 46-47)

«Me he convertido en todo lo que mi yo de antes habría criticado y lo peor es que no me arrepiento. Quiero más sexo, más peleas, más telarañas, más sangre, más

aullidos, más cabezas y menos corazón. Quiero más de todo y estoy dispuesta a devorarlo. No voy a dejar ni un solo pedazo. A veces soy más loba que humana, a veces más humana que loba, hoy francamente no sé qué soy». (p. 134)

«Cuando estoy bajo el agua me aterra la idea de no diferenciar arriba de abajo y no poder salir a respirar. No sé ni dónde estoy parada, es una de mis frases de cabecera y ahora me doy cuenta de que funciona en sentido literal y en sentido figurado. Mi desorientación espacial es un reflejo de mi desorientación interna. Desconozco la dirección a la que debo dirigir mis pasos —y mis brazadas— de la misma manera como desconozco la dirección a la que debo dirigir mi vida. Con razón vivo perdida todo el tiempo». (p. 218)

UN MUNDO VIEJO

«Crujen mis pasos, las puertas se abren solas para que yo entre, las vigas se quejan del cansancio de sostener el techo, dicen que era mejor cuando sostenían ramas y aves. La casa conserva la memoria de un bosque primario, cuando el mundo era nuevo y nosotros no lo habíamos habitado. Alister alaba la casa, esta casa tan vieja que merece más respeto que alabanza, esta casa llena de historias y fantasmas. Me toma tiempo entender que en Latinoamérica todo se ve nuevo porque aún estamos en construcción, esa es una de las razones por las cuales nos llaman países en desarrollo. Europa se cae a pedazos, las casas acumulan

historias, muertos y espantos, nosotros, en cambio, apenas estamos juntando los primeros ladrillos». (p. 38)

«El lugar está tan desgastado como el que habité antes, el concepto de viejo continuamente sigue explicándose a sí mismo. Yo soy un ser nuevo en un continente viejo, por eso noto tanto la diferencia, por eso la madera me cruje y los fantasmas se me aparecen, todos necesitamos ser notados de vez en cuando». (p. 68)

«Cada vez me convenzo de que las grandes ciudades están sobrevaloradas. No sé qué hago acá hacinándome en pisos viejos y diminutos. Qué hago limpiando mierda. Qué hago quemándome el antebrazo, aguantando regaños cada vez que un tenedor se va al suelo. Qué hago secando cinco mil copas en una sola sentada hasta que el trapo huele a perro mojado y me duelen las muñecas y la espalda. Qué hago agarrando ampollas por soportar jornadas de cinco horas de pie, sin comer, sin hablar, sin derecho a cansarme ni a ir al baño, tomando a escondidas agua tibia y tóxica. Qué hago con todos esos papelitos con propuestas indecentes dentro de mi bolsillo». (p. 183)

«Odio este lugar porque pone demasiado empeño en apagar los fuegos —los reales, los imaginados, los simbólicos—, sofoca todos los fuegos, incluso aquellos que no se han producido, aquellos que no se han ni siquiera configurado en pensamientos, los apaga sin importar de dónde vienen, ni para dónde van, ni qué significan. Odio este lugar porque no deja que la gente arda y, por eso, la ma-

yoría de sus habitantes son témpanos de hielo que ni el sol ni la muerte consiguen derretir». (p. 299)

UNA LENGUA AJENA

«Mi madre se encierra en su vivero cuando la realidad la agobia, cuando nosotros la agobiamos es allí donde se esconde. No le gusta que la interrumpamos, teme que infectemos las plantas, aunque, en el fondo, lo que teme es que la veamos llorando. Evito contarle que siempre he querido ser una orquídea para recibir su atención y sus cuidados, ser una especie única y rara de esas que los indígenas del monte bajan a ofrecerle y que ella cuida con esmero atraída por la promesa de poseer una flor exótica y rara; una orquídea que tras meses de cuidado un día, así sin más, florece y la hace sonreír. ¿Cómo se cuentan estas cosas en una lengua que no es la tuya?» (p. 84)

«Me quedo en silencio, asegurándome de haber entendido bien sus palabras. ¿Estará insinuando que me quede viviendo aquí? Otro interrogante sin resolver, como el significado del anillo, como la respuesta a la pregunta sobre si se ha enamorado alguna vez. Siempre veo los aspectos negativos de no hablar el mismo idioma, apenas ahora me percató de que existe un aspecto positivo y es no tener que dar siempre una opinión o una respuesta bajo la perfecta excusa de no haber entendido». (p. 197)

«Mi angustia es la misma angustia de todos los que vivimos lejos de la familia, le-

jos de la tierra y la lengua conocida. Es la angustia de los que no tenemos a quién llamar en caso de una emergencia, de los que estamos lejos del hogar, lejos de la comida de la mamá, de una cama decente, de un techo decente, de una vajilla decente, de un clima benévolo. La angustia de los que mercan no lo que quieren sino lo que pueden, aquello que tiene etiqueta roja porque está a punto de podrirse. La angustia de los que cuentan la plata que les queda todos los días y calculan hasta cuándo les va a durar y hacen tanta fuerza que se parten los dientes. Es la angustia de los que se sienten inferiores y menospreciados, de los que empiezan a entender que la discriminación ocurre por muchos otros factores diferentes al color de piel, de los que se sienten culpables de todo, aunque no sean culpables de nada». (p. 229)

HOMESICK

«Camino junto a ella antes de que desaparezca por completo mientras pienso en que los inmigrantes cometemos el error de creer que nuestro problema es la distancia que nos separa del lugar donde nacimos cuando, en realidad, lo que nos mata es el paso del tiempo, lo que nos mata son los días acumulándose unos sobre otros, días que van pesando sobre la espalda hasta aplastarla, días llenos de nada, días solitarios, días con las mismas cosas que empie-

zan a repetirse como un carrusel veloz del cual es imposible bajarse». (p. 189)

«Miro la orquídea sin flores, miro la pantalla del computador sin una sola línea escrita, miro la bola de nieve sin nieve, miro al cielo vacío a través de la ventana y me doy cuenta del sinsentido de mi vida, siento que el único propósito con el que puedo llenarla es con la escritura y entonces, como si estuviera poseída, como si yo no fuera yo, abro el computador y comienzo a teclear». (p. 230)

«Había olvidado la dicha de entender lo leído, la familiaridad escondida tras cada historia, la musicalidad de las palabras, los códigos ocultos del lenguaje, códigos que solo pueden ser desentrañados por aquel que lo domina. Me doy cuenta de algo: lo que llamamos hogar no es propiamente un lugar construido con ladrillos y cemento; el hogar es el lenguaje con el que creciste, el mismo que habla tu gente y oculta los libros que lees. El lenguaje te arroja, te abraza, te hace sentir parte de algo importante, de un mundo conocido en el que sabes desenvolverte. Y en mi mundo se habla español, hay dos mares repletos de peces y crecen flores hasta en los techos de las casas y las grietas de las calles. No quiero vivir más dentro de una jaula de oro que está dentro de una casa, que está dentro de una ciudad, que está dentro de una isla en la que se han extinguido los lobos». (p. 266)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Al comienzo de la novela, la narradora afirma que «esta no es una historia de amor» porque, a diferencia de lo que sucede en las clásicas historias de amor, entre el inglés y ella no hubo un final feliz, sino un océano que los separa hace casi dos décadas. ¿Qué opináis de esta afirmación? ¿La narradora está en lo cierto? Si no es una historia de amor, ¿de qué trata la historia que cuenta?
2. A los veintitrés años, la protagonista deja casa, familia y novio, y se marcha una temporada a Londres con el pretexto de estudiar inglés. ¿Qué la mueve a emprender esta aventura? ¿Diríais que está huyendo de algo o, más bien, va en busca de un cambio o una nueva vida?
3. Cruzar el océano supone alejarse de los paisajes de su infancia y juventud: los bosques, la quebrada, el vivero de su madre, la manada de lobos que es su familia; pero también, la violencia que se vive en las calles de Medellín. ¿Cómo se relaciona con el mundo en el que se crió? ¿Qué significados adquiere Colombia cuando está lejos? La migración, ¿cambia su manera de pensar y sentir su tierra natal?
4. Al llegar a Londres, la protagonista se siente descolocada en una ciudad donde apenas domina la lengua y se ve expuesta a los prejuicios y las desigualdades de una sociedad que invisibiliza al inmigrante. ¿Cómo se retrata la experiencia migratoria en la novela? ¿Cómo se refleja esta experiencia en la relación que la protagonista tiene con la lengua inglesa? Tener que comunicarse en una lengua distinta a la materna, ¿qué dificultades entraña? ¿Existe alguna ventaja?
5. Las condiciones de precariedad en las que vive la protagonista la llevan a entrar en el British Museum para refugiarse de la lluvia y disfrutar de

la calefacción. Se podría decir que su desamparo propicia el encuentro fortuito con el inglés. ¿Hasta qué punto sus vivencias como inmigrante la conducen a una relación que, tal vez, en otro contexto sería improbable? ¿Qué la impulsa a seguir a este desconocido y a responder a sus mensajes? ¿Es el desamparo o existen más razones?

6. A ojos de una veinteañera, el inglés es, a primera vista, un hombre viejo y sabio que habla con aplomo y rezuma un aire de autoridad. Algunas citas más tarde, la protagonista descubre que es, también, un amante experimentado que sabe cómo alimentar su deseo y cómo llevarla al placer. ¿Qué roles encarna el inglés en la vida de esta joven? ¿Cuál es la impronta que deja? ¿Qué modelo de masculinidad representa?
7. La diferencia de edad es uno de los muchos contrastes entre dos amantes cuya relación está signada por la asimetría. ¿Cuáles son las diferencias más notables entre ellos? ¿Y qué une a dos personas que, aparentemente, tienen poco en común? ¿Desde qué lugar construyen su relación?
8. Ella dice que lleva la cabeza de él en su mochila; a cambio, él se queda con el corazón de su amante y lo deja en su mesa de noche. ¿Cómo interpretáis esta metáfora? ¿Cómo se abordan el deseo y el amor en la novela? ¿Existe, para la protagonista, un límite claro entre deseo, sexo y amor?
9. Al lado del inglés, la protagonista vuelve a sentir que existe. Su amante, además, le hace obsequios que ella no podría permitirse y, hacia el final de la relación, le ofrece lo más parecido al cuarto propio para escribir con el que soñaba desde Colombia. Toda esa comodidad y seguridad, sin embargo, parece ir en contra de otros deseos y necesidades que ella tiene. ¿Qué es lo que ella persigue realmente? Su necesidad de libertad, ¿por qué no puede ser compatible con la seguridad que él le ofrece?
10. Ella busca en él un amante y una figura paterna que supla el vacío dejado por su padre y, en medio del desamparo que supone migrar, le brinde

protección y cuidados. ¿Qué es lo que busca él en una joven estudiante extranjera? ¿Es solo el deseo lo que lo lleva a estar con ella?

11. Experto en Oscar Wilde, el inglés le lee a su amante fragmentos de *El retrato de Dorian Gray*. ¿Cómo dialoga la novela con la célebre obra de Wilde? ¿Cómo se aborda el tema de la juventud en la novela? ¿Cuál es la mirada del inglés respecto a la juventud? ¿Y qué sucede con la protagonista cuando llega a la mediana edad?
12. A los cuarenta y dos años, la protagonista recibe un correo del inglés después de casi dos décadas sin verse. Este mensaje la conduce a recuperar la memoria de una relación breve que deja una huella perdurable en ella. De la joven que se marcha a Londres para empezar una nueva vida a la mujer de mediana edad que teme poner en riesgo su matrimonio, ¿cuál es la evolución que hace el personaje? ¿Sus deseos y sus valores continúan siendo los mismos de la juventud? ¿Cuál es la huella que deja en ella el año pasado en Londres?
13. En el inglés, y en casi todos sus amantes, la protagonista busca al padre que, tras su muerte, dejó un inmenso vacío en su vida. La ausencia del padre es un motivo que recorre una novela donde también va cobrando protagonismo otra figura clave: la madre. ¿Cómo está retratado este personaje? ¿Cuál es el rol que tiene la madre en la novela? ¿La hija la mira siempre con los mismos ojos o el vínculo va cambiando a medida que se desarrolla la historia?
14. En Londres, la protagonista no hace grandes amistades, pero conoce a algunos personajes, como Alister y Milton, con los que establece un vínculo singular. ¿Cuál es el papel que desempeñan ellos en la historia? A su lado, ¿la soledad de ella aumenta o son vínculos que le dan una sensación de pertenencia?
15. *El cielo está vacío* es una novela de registro realista que está salpicada de metáforas, la mayoría de ellas ligadas al mundo animal y vegetal. ¿Cuál

es el simbolismo que adquiere lo animal en la novela? ¿Qué significados tienen los lobos, caballos y halcones que, entre otros animales, aparecen a lo largo del relato? ¿Y qué representan las orquídeas? ¿Hay otras metáforas que os hayan llamado la atención?

16. Narrada en primera persona, la novela alterna imágenes poéticas, descripciones más crudas, y también destellos de humor e ironía. ¿Cómo describiríais la voz de la protagonista? ¿Es una voz con la que habéis empatizado? ¿Os ha hecho pensar en otros personajes literarios?
17. En cuanto al título de la novela, ¿cómo lo interpretáis? ¿Qué significado tiene el «cielo vacío»?

LA AUTORA



© Ricardo Quesada

SARA JARAMILLO KLINKERT (Medellín, 1979) es comunicadora social y periodista por la Universidad Pontificia Bolivariana y ha trabajado en varios de los principales medios de comunicación colombianos. Cursó el Máster de Narrativa de la Escuela de Escritores de Madrid, donde le fue otorgada la beca al rendimiento académico. En 2020, Lumen publicó su novela autobiográfica *Cómo maté a mi padre*, fina-

lista del Premio Nacional de Novela en Colombia, que tuvo una extraordinaria acogida por parte de la crítica y cuyos derechos fueron vendidos al francés, el turco y el árabe; en 2021, *Donde cantan las ballenas*, ganadora del XXVI Premio San Clemente; y en 2023, *Escrito en la piel del jaguar*. En la actualidad vive en Medellín, es profesora de narrativa, tiene una columna semanal en prensa y escribe, siempre.

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE *CÓMO MATÉ A MI PADRE*

«El tono es al mismo tiempo seco, contenido y conmovedor. También es sincero, a veces, gracioso por lo absurdo, nunca autocomplaciente y sin la mínima inclinación a inspirar lástima».

Héctor Abad Faciolince

«Desde la violencia se levanta un gran ejercicio de introspección que conmueve y emociona. A mí me ha estremecido por su verdad y por su fuerza».

Manuel Vilas

«Hacer cristalizar estos sentimientos tan enormes y dramáticos en una literatura que sea convincente para los demás, que no caiga en la ñoñería, que sea profunda y emocionante, es muy complicado. Sara ha seguido la estela de Héctor Abad Faciolince y lo ha hecho maravillosamente bien».

Marta Sanz, *Babelia*

SOBRE *DONDE CANTAN LAS BALLENAS*

«Una bella, exótica y luminosa ficción llena de capas».

María Viñas, *La Voz de Galicia*

SOBRE *ESCRITO EN LA PIEL DEL JAGUAR*

«Entre el paraíso y el infierno, y en cualquier caso en un fin del mundo en el que todo está a punto de venirse abajo, [...] los personajes tienen todo lo blanco y lo

negro, son luz y oscuridad, [...] [generan] casi una sensación más animal que humana».

Ayanta Barilli, *A Media Luz*

